

PROPIEDAD, PRODUCTIVIDAD Y COMERCIO: EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE JUAN HIPÓLITO VIEYTES*

*Ricardo Manuel Rojas***

Resumen: Este trabajo presenta y compila los puntos salientes del pensamiento económico de Juan Hipólito Vieytes (1762-1815) volcado en sus escritos periodísticos. Vieytes dirigió el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* de Buenos Aires durante cinco años, desde donde difundió las ideas liberales y las vinculó con la realidad de su país, buscando una más eficiente producción de riqueza y un mayor bienestar general.

Abstract: This paper compiles the highlights of the economic thought of Juan Hipólito Vieytes (1762-1815), as presented in his journalistic writings. Vieytes directed the *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* in Buenos Aires for five years, and spread liberal ideas linking them with the reality of his country, in the search for a more efficient production of wealth and greater well-being.

Introducción

Los puntos fundamentales del pensamiento de Vieytes respetan las enseñanzas fisiócratas, de Adam Smith y de los liberales españoles de fines del siglo XVIII, como Foronda y Jovellanos, y reconocen un encadenamiento lógico sobre la base de los siguientes postulados:

* Este artículo es una versión condensada de una parte de la tesis doctoral titulada *El pensamiento económico de Juan Hipólito Vieytes a la luz de su trabajo periodístico*, con la que obtuvo el grado de Doctor en Historia Económica y Social (ESEADE).

** Profesor Visitante, Universidad Francisco Marroquín. E-mail: ricardo.rojas@ufm.edu

1. La tierra y sus productos son la base y origen de toda la riqueza.
2. El trabajo del hombre es lo que permite aprovechar la riqueza natural para convertirla en productos, sobre la base de la división del trabajo y la asociación voluntaria.
3. La mayor laboriosidad y productividad de los hombres es indispensable para lograr una mayor producción de riqueza.
4. Los desarrollos industriales contribuyen a aumentar la productividad, abaratar costos y mejorar la calidad. Además, la industria permite crear nuevos productos útiles al hombre que incrementan el ámbito de sus necesidades artificiales.
5. El incremento de la productividad genera excedentes, y el comercio es el mecanismo por el cual los excedentes son intercambiados por nuevos bienes que mejoran la calidad de vida general.
6. La posibilidad de intercambiar los excedentes, a su vez, es un incentivo fundamental para producir más.
7. Para que el proceso pueda funcionar del mejor modo, hace falta que la libertad individual esté garantizada, y que el gobierno reconozca un poder limitado.
8. Especialmente es importante la protección del derecho de propiedad, el principal incentivo para el trabajo productivo: propiedad de la tierra, propiedad del trabajo y propiedad de los frutos del trabajo.
9. Para ello, el gobierno deberá abstenerse de establecer reglamentaciones o prohibiciones que entorpezcan la producción y comercialización de los bienes.
10. Del mismo modo, deberá cuidarse de no imponer tributos que desalienten la producción de bienes primarios, así como el comercio interno y el internacional.

Por otra parte, Vieytes es muy cuidadoso en señalar la profunda vinculación que existe entre la agricultura, la industria y el comercio, tal como lo refleja el título de su publicación, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, que dirigió durante cinco años entre 1802 y 1807. Para el autor la agricultura es la base de todo, pues sin los productos de la tierra es imposible ninguna generación de riqueza. Pero la agricultura es mucho más eficiente en la medida

en que la productividad se incrementa por los avances de la industria; y por otra parte, los incentivos para producir aumentan cuando los productores rurales pueden, a través del comercio, cambiar sus excedentes por un sinnúmero de bienes que pueden recibir a cambio, y que se convierten en necesidades artificiales por obra del natural afán de bienestar y progreso.

A su vez, la industria no existiría sin la materia prima que le da la agricultura, ni tendría tanta importancia si no fuese porque los excedentes que produce la tecnología se pueden aplicar útilmente a través del comercio. Otro tanto se puede decir del comercio, que depende de la agricultura y de la industria, pero que a su vez genera incentivos para producir.

En las próximas secciones presento sus ideas sobre esas y otras cuestiones económicas. Resulta importante aclarar que el orden de la presentación no se extrae directamente de la secuencia en que fueron publicados sus artículos en el *Semanario*.¹ También cabe aclarar que el concepto de “economía” a principios del siglo XIX era más amplio y complejo que el actual. La ciencia de la economía política surgió en respuesta a las preocupaciones por estudiar la relación del hombre y la sociedad, del hombre y la naturaleza, lo que explica su íntima vinculación con la política y el derecho natural (Winch, 1979:525-526).

Como veremos, los escritos de Vиейtes reflejan estas preocupaciones, así como el reconocimiento de que la libertad y el derecho de propiedad permiten a las personas aprovechar mejor los recursos y así prosperar.

I. El cultivo de la tierra como origen del bienestar. Las fuentes de la riqueza

El desarrollo de la agricultura y el aprovechamiento de los recursos de la tierra son para Vиейtes, fiel al ideario fisiócrata, la base de la creación de riqueza. Desde el prospecto previo al primer número del *Semanario*, señala que la agricultura es “la base de las sociedades, la que alimenta al Estado y la que hace a los hombres sencillos, fieles y honrados” (I, iii). Escribe luego que:

La agricultura bien ejercida es capaz por si sola de aumentar la opulencia de los Pueblos hasta un grado casi imposible de calcularse porque la riqueza de un País se halla necesariamente vinculada a la abundancia de los frutos más proporcionados a su situación, pues que de ello resulta una común utilidad a sus individuos (I, 1).

No es posible que Pueblo alguno pueda prosperar una vez que llegue a desatender su agricultura, siendo cierto que la grandeza de las Naciones es un edificio cuyos primeros materiales se sacan del producto de sus tierras (I, 2).

La agricultura es el apoyo en que descansa la solida felicidad de los Imperios mas soberbios: ella es el nervio del estado, la que da la subsistencia a los individuos que le componen y el origen de las riquezas permanentes (II, 3-4).

Para Vieytes, la riqueza de la tierra era la principal tarea del hombre para procurar su subsistencia y aumentar su bienestar, y el trabajo rural se vería beneficiado con una mayor productividad. Ésta depende de los siguientes factores: los incentivos de la gente para producir más, el mejor conocimiento sobre los productos de la tierra y los métodos de cultivo, el desarrollo de la industria y tecnología para incrementar la productividad y disminuir los costos, y la cantidad de personas dedicadas al trabajo en el campo. Inversamente, la ignorancia y deficiente educación son promotores de la pobreza.

Veamos con más detalle sus ideas sobre las fuentes de la riqueza y los obstáculos para obtenerla.

Los incentivos de la gente para producir más

La importancia de la iniciativa individual como motor para incrementar la productividad es señalada desde el principio:

El labrador...aunque dueño absoluto de una porción de tierra, capaz en otras partes de mantener un Potentado, vive de ella escasamente y se halla sin recurso y sin auxilio para hacerla producir una porción de frutos apreciables

que podrían hacer la felicidad de su familia; desconoce enteramente todo género de industria; labra solamente aquella pequeña porción que considera necesaria a su sustento; y lo que es peor, *desconoce enteramente aquel deseo que nace con los hombres de aumentar sus comodidades y sus bienes*; triste situación que mantendrá a nuestra América en la infancia por un tiempo ilimitado, si de común acuerdo no ocurrimos a inflamar el corazón del labrador haciéndole reconocer del letargo en que le ha sepultado su inacción (I, iv).

A lo largo de los primeros números del *Semanario*, Viejtes continúa escribiendo:

Para que el hombre destierre la inacción y la pereza, no se conoce otro camino que el de ponerle a la vista el cebo del interés, y allanarle los estorbos que le puedan impedir el conseguirlo. De este modo el Anciano, la Mujer y el niño se verán constantemente ocupados en las útiles tareas de una industria lucrativa que desconocieron sus padres (I, 16).

Para que el cultivador se aliente a dar aquel fomento que hoy echamos de menos con dolor en nuestras vastísimas campañas, basta solo que crea que sus afanes y desvelos se han de ver recompensados por el producto que le rindan los frutos de su industria (I, 63).

El aumento en la productividad y el comercio permite que las personas conozcan nuevos objetos que se convierten en necesidades artificiales, y generan incentivos para continuar produciendo:

Un pueblo que por su ventajosa situación se puebla sin cesar, y que por la privilegiada abundancia de sus preciosos frutos aumenta de día en día sus relaciones de comercio, debe por precisión llegar a conocer nuevos objetos que por el uso y la costumbre llegaran a hacerse necesarios, y si desea satisfacerlos debe esforzar sus brazos en el ejercicio de la industria (II, 131-132).

Por ello, veía en el lujo, y aun en los objetos inútiles o superfluos, un elemento motorizador de la productividad y la generación de riqueza,

especialmente porque el mercado actúa como redistribuidor natural de esa riqueza, que finalmente termina en las manos de las personas laboriosas:

Yo no encuentro medio para quitar el lujo, ni se que esto se pueda conseguir en un grande estado, ni que sea siempre tan gran mal como se piensa. Supongamos que se entiende por lujo todo gasto inútil, y veamos si es posible establecer leyes contra el en un país dilatado, y si observándolas serán sus habitantes mas felices o más ricos. ¿Acaso la esperanza de gozar algún día de las cosas de lujo, dexará de ser un poderoso estímulo de la industria y el trabajo? Por consiguiente ¿no podrá el lujo producir mas que lo que consume? A la verdad que el hombre sin un motivo extraordinario se inclina regularmente a vivir en la indolencia y la pereza... Las leyes no pueden impedir esto, ni acaso se siga de aquí un mal para el público; pues la peseta que mal gasta un loco tal vez la recoge un hombre de juicio que la sabe emplear con acierto (...).

El vano y gastador edifica una buena casa, la adorna con ricos muebles, se trata con esplendidez y se arruina en pocos años; pero los albañiles, carpinteros, cerrajeros y otros artesanos honrados que ha ocupado, se han mantenido a su sombra y criado a su familia, y los bienes han pasado a mejores manos (III, 107-108).

Señala asimismo la diferencia entre el holgazán y el trabajador, respecto del necesario estímulo para incrementar su productividad:

Del hombre holgazán y que se halla contento con su desnudez y su miseria, con tal que no le falte que comer, es preciso desconfiar... pero del que trabaja, del que desea poseer y disfrutar, se debe siempre esperar que anhelando los aumentos de su fortuna adopte el camino mas corto y mas seguro de conseguirlo. El primero necesita un estímulo muy fuerte para despertar sus deseos y contrariar su inclinación; el segundo se decidirá con gusto por sus adelantamientos con solo ponerle a la vista el medio sencillo de realizarlos... Honra y distingue el industrioso y aplicado, especialmente en publico, para que se estimulen los demás a merecer la misma recompensa; procura introducir la emulación entre ellos; no aquella emulación que degenera en envidia y

que causa tantos disturbios y rencillas entre las familias, sino la que es capaz de engendrar un vivo interés de sobresalir a los demás por la constancia y el empeño en el trabajo (IV, 178-179).

En el número 55 del *Semanario*, Vieytes publicó un artículo de Benjamin Franklin titulado *Modo fácil de pagar los impuestos*, tomado del *Semanario de Agricultura y Artes* de Madrid. En dicho texto, muestra la importancia de la laboriosidad y los terribles males a los que se enfrenta el ocioso:

La ociosidad trae consigo disgustos y acorta notablemente la vida: es semejante al orin, que gasta mas al hierro que si se trabaja con el: la llave que se usa siempre está reluciente. El que quiera vivir no tiene que perder el tiempo, porque con el perderá su vida. ¿Cuanto tiempo damos de mas al sueño? La zorra que duerme no caza. Siendo el tiempo lo que mas vale, el perderlo será la mayor prodigalidad porque siempre es corto: y si somos activos haremos mucho mas con menos trabajo (II, 34)

La pereza camina con tanta lentitud, que al instante la alcanza la pobreza... El hombre laborioso no teme a la escasez: el hambre mira a su puerta, pero no se atreve a entrar por ella... porque la aplicación al trabajo paga las deudas y la holgazanería las aumenta. No esperes hallar tesoros, ni que te dexé algun rico por heredero; la vigilancia es la madre de la buena ventura. Labra tu mientras duerme el perezoso, y tendras trigo que vender y que guardar; labra hoy todo lo que puedas, porque no sabes los inconvenientes que habra mañana: un hoy vale mas que dos mañanas: si tienes que hacer mañana, hazlo hoy... Emplea bien el tiempo, si quieres merecer el descanso, y no malgastes una hora quando no estas seguro de un minuto. Solo el laborioso puede conseguir aquel agradable descanso que nunca llega a gozar el perezoso (II, 35-36).

Los obstáculos a la promoción de la riqueza

Además de enfatizar la importancia del propio interés como motor de la productividad, Vieytes llamó la atención sobre las causas que impedían que tales incentivos se desarrollaran, especialmente en las zonas rurales, entre

las cuales mencionaba la deficiente educación de los niños, la abundancia y fertilidad del suelo que incentivan el ocio y la indolencia, el desconocimiento de la existencia de ciertos productos, cuyo contacto a través del comercio podría estimular el incremento de la productividad para adquirirlos y, finalmente, el desprecio por las labores rurales que manifiestan las personas pertenecientes a clases más cultas.

En primer lugar, sostenía que la educación de los niños no incluía el estímulo en hábitos laborales, ansias de progreso, o curiosidad por aprender y hacer mejor las cosas:

Un joven que desde sus mas tiernos años supo estar íntimamente ocupado en los preciosos conocimientos y principios que desenvolverá su razon y pondra en uso quando se halle capaz de tenerla en todo su exercicio, ¿cómo podrá jamas entregarse a una vida holgazana y de inaccion? El trabajo será todo su deleyte y la ocupación continua será el dulce fruto de las vigiliass de un maestro philanthropico.

¡Triste y lamentable estado el de nuestra pasada y presente educación! Al niño se le abate y castiga en las escuelas, se le desprecia en las calles, y se le engaña y oprime en el seno mismo de su casa paternal. Si deseoso de satisfacer su natural curiosidad, pregunta alguna cosa, se le desprecia o se le engaña haciendole concebir dos mil absurdos que vivirán con él hasta su ultima vejez (IV, 6).

Mas seran sin duda alguna vanas quantas diligencias se practiquen por parte del Gobierno para los adelantamientos de la juventud, si las personas mas interesadas en sus progresos, si los Padres digo, no reconcentran todo su cuidado y atención en inspirarles aquellos nobles e interesantes sentimientos que han de decidir algun día sobre su suerte y su carácter (IV, 20).

En segundo lugar, Vieytes advirtió que, a veces, la abundancia y la fertilidad del suelo evitan que en la gente se desarrollen hábitos de trabajo:

La tierra produce sin cultivo, y mas generosa sin comparación, que ingratos sus moradores, se acuerda de sustentarlos pródigamente por mas que ellos

se olvidan de engrandecerla... de la abundancia y fertilidad nace por lo general la inercia, y esta declina hacia el vicio (III, 53-54).

En la correspondencia con su hermano sacerdote, Vieytes le indicaba:

Ahora si que conoces hermano mio prácticamente lo que en muchas ocasiones, hablando sobre este particular decia; que la ociosidad es el vicio dominante de los hombres, y que para removerla es necesario un estimulo muy fuerte; que un pais abundante engendra hombres perezosos, y que estos no dexarán de serlo mientras vivan contentos con su suerte: que el imperio del exemplo es de una duracion casi sin limites, y que habiendo sido el nuestro el de la ociosidad y el abandono, no podran dexar de ser indolentes nuestros hijos (IV, 82-83).

Debes firmemente creer que siempre que cada individuo no tenga por unica mira su interes no hay que esperar que haga jamas el menor esfuerzo para adelantar el interes ageno, y como la suma de los intereses individuales constituye el interes general, ve aquí como serán inútiles los caminos que se tomen para cimentar éste sino se protege aquel (IV, 339).

Yo veo ya no muy distante de nuestra populosa capital algunos pocos labradores afanados en recoger la crin, esquilan la oveja, y exercitados finalmente en otros varios ramos de industria lucrativa, por solo haber tenido la fortuna de que en sus inmediaciones se situasen unos ciudadanos laboriosos e ilustrados que les sirven de exemplo y de modelo (II, 146-147).

Entre otro de los obstáculos a la producción de riqueza, Vieytes advierte que los campesinos aislados de las ciudades, ignoraban la existencia de bienes que podían mejorar su calidad de vida, y por ello carecían de incentivos para adquirirlos:

Las abundantes materias que produce nuestro suelo son de primera necesidad en todas partes... y permutadas traerán desde luego a nuestras Provincias todo aquello que en ellas no se produce, ni cultiva. El labrador verá recompensado su trabajo con la posesión y goce de innumerables bienes que

ahora no disfruta ni desea: se despertará en su corazón aquel deseo de aumentar sus comodidades, y de ensanchar sus posesiones, y transmitiéndose de padres a hijos esta gloriosa emulación, ya no será el habitador de la campaña aquel ente desgraciado condenado a vivir en la estrechez y la miseria (I, 7).

El trafico de importación avivaría en el habitador del campo la inclinación a todo aquello que alcance a proporcionarle sus deseos; por que en quanto no tengan otras ideas del modo de vivir de los demas hombres en sociedad, que las que hasta el día lisonjean su fantasía, jamás echarán menos aquello que no conocen. Yo no digo que se les lleve al campo terciopelo, brocados ni dices preciosos, ni que se les aconseje el uso de manjares sumamente delicados; pero si soy de dictamen, que en quanto no apetezcan el alimento mediocremente condimentado y una regular decencia en el vestir, les parecerá regalo la carne cocida en agua y sal, y demasiado luxu un calson de cordellate, y no teniendo necesidad de comprar, seguramente dexaran de trabajar para vender (II,13-14).

El hombre solo se afana por lo que necesita, y esta necesidad no se conoce, mientras no se gusta y no se tiene noticia de otra cosa que de lo que ha usado desde la niñez (II, 15).

Por otro lado, Vieytes resaltó el desprecio de los hijos de españoles hacia la labranza de la tierra, y a todo trabajo manual vinculado con las artes e industrias que podrían contribuir a la generación de riqueza. En uno de los primeros números del *Semanario* relató una experiencia personal respecto de ese prejuicio cultural, al que consideraba tan nocivo para el crecimiento del país:

Suprimiré por decencia el nombre de una Ciudad de nuestra America, en donde reparando yo en el crecido numero de hijos de familia ociosos, mal vestidos, los mas descalzos, pregunté en una ocasión al Padre de unos de ellos, que por que no los ponía a aprehender un oficio, que así ganarian para vestirse, le ayudarian con su trabajo a los otros gastos domesticos, y se harian virtuosos, y útiles a la República; oid pues la respuesta; a oficio me dice: ¿quiere Vm que mis hijos siendo Españoles aprendan oficio?...¿Es

más honrosa ocupación la de mendigar que verlos ocupados con utilidad en un obrador? ¿Es mejor oficio la ociosidad, origen de un sin número de vicios en que los veis ejercitados lastimosamente que aquel, sea el que fuere, según su inclinación a cuyas expensas se socorre vuestra casa?... ¿Cómo es que admiráis el gobierno la policía, las ocupaciones, domesticas, y publicas de los antiguos Romanos, y en vuestras casas, en vuestros vecindarios sois no solo peso gravoso, pero declarados enemigos de la patria, estorvos al buen orden y delincuentes impunes? En la Capital del Universo, y en toda nacion culta, el peor oficio es no tener oficio alguno; quando cuidamos de recomendar la atención mas interesante a los menesteres de la vida con precisa tendencia al comun provecho de la patria ¿qué es lo que llamais virtud? ¿La inacción? ¿La desidia? Enormemente os engañais; seria un estafermo embarazoso, no virtud... (I, 283-284).

La importancia del mejor conocimiento sobre los productos de la tierra y los métodos de cultivo

Vieytes atribuía la escasa productividad de los agricultores a la ignorancia en los métodos eficientes de producción. Para solucionar este problema proponía intensificar la educación práctica en la agricultura, y el fomento del comercio, que contribuye a apreciar los nuevos productos y promueve la diversificación y el incremento de la productividad:

Las tierras se hallan todavía muy distantes de verse oprimidas con el peso de un sinnúmero de producciones que podrían alimentar y sostener nuestro Comercio activo; porque el habitador de la campaña que no conoce las teorías, ni tiene fondos, ni fomento para hacer nuevas tentativas, ni especulación alguna que no sea de las especies que aprendió a cultivar de sus mayores es incapaz de estimularse por camino alguno que no sea el de la pura imitación; pero una vez que el Ciudadano se dedique a promover nuevos plantíos, a entablar nuevos ramos, que sean el objeto de la más interesante exportación; entonces allanado ya el camino que le alejaba de emprenderlo, y viendo un nuevo recurso con que pueda extenderse su fortuna, correrá ansioso al campo

del vecino en donde tomará reglas y principios que le dirijan al cabal conocimiento para la expedición de las nuevas tareas que se impone; en este caso toca al Comercio el perfeccionar la obra comenzada, y dar nueva alma y nueva vida a semejantes producciones por medio de la continua rotación en que debe tener a estas materias por las permutas sucesivas. (I, 20).

Con respecto al desarrollo de mejores prácticas agropecuarias, Vieytes entendía que había que enfocarse fundamentalmente en los jóvenes, mejor preparados que sus padres para aprender y modificar malos hábitos:

Convengamos en que el humilde labrador, que cultiva los campos de sus abuelos, no necesite de nuestras instrucciones; pero jamás saldrá de su carril; el hijo seguirá la misma rutina que el padre; y de aquí nace que en medio de naciones civilizadas hay distritos, y sus provincias enteras, cuyos habitantes toscos y pobres están hoy lo mismo que seiscientos años hace: convengamos también en que el cultivador diligente acostumbrado desde la niñez a las faenas rurales, ejecuta cuanto hemos prescripto, sin apercibirse de que lo hace, con una facilidad natural que supera al arte del observador: convengamos finalmente en que el hombre perezoso e indolente que va a buscar al campo el placer de no hacer nada, no es fácil que mire con aprecio nuestras recomendaciones; pero guardese bien de meterse en cosas de agricultura: el rompimiento de una posesión no será para él otra cosa que una sentina de desazones; o una causa de ruina, y tal vez uno y otro (II, 129-130).

¿Por qué no hemos de atribuir el crecido precio a que sale el fruto en el mismo lugar que lo produjo, a la grosera y estúpida ignorancia del labrador que ciegamente adicto al método bárbaro de sus padres cosecha únicamente lo que no pudo destruir su mal cultivo? ...Pero si por una feliz revolución se llegasen a establecer los buenos principios de agricultura en la campaña; si el labrador no ya abandonado a la grosera práctica que aprendió de sus mayores sino que dirigido por los conocimientos esenciales que requiere este arte, detesta sus abusos y abraza una práctica sugerida por la razón y la experiencia, entonces se cambiará de improviso el funesto cuadro que hasta el día nos presenta una agricultura desfalleciente y languida. Crecerán segu-

ramente las cosechas menguará en su origen el alto precio de los frutos, y habrá una no interrumpida y constante exportacion capaz de fixar de un modo inalterable la felicidad de nuestros extendidos territorios. (II, 276-277).

Entendía además que en la enseñanza y difusión de mejores técnicas de cultivo debían estar empeñados escuelas, parroquias y el gobierno:

Las luces de la razón propagadas por la enseñanza harán, tarde o temprano la felicidad de los hombres (III, 215).

Cuidemos pues con todas nuestras fuerzas de dar a nuestra tierna y numerosa juventud una educación tal que no tenga motivo de maldecir nuestra ignorancia. Elíjense maestros que desde el principio inspiren a los niños máximas que ennoblezcan su espíritu, y que procuren examinar su natural ingenio de inclinación: el amor al trabajo y a las artes es el unico camino de hacer al hombre independiente: asi este debe ser el principal objeto que debe proponerse el maestro a quien se cometan jóvenes para su enseñanza... Si nos sabemos aprovechar de la natural curiosidad que se dexa ver en los primeros años del hombre, sacaremos sin duda alguna de ella un partido ventajoso, y se conseguirá además que se preste con gusto a la enseñanza (IV, 5).

Así pues, yo aconsejaría a los maestros dedicasen una hora por lo menos cada día en conversar con sus discípulos, y les comunicasen en ella con expresiones sencillas todos aquellos conocimientos que están al alcance de su capacidad, para que desde muy temprano se acostumbraesen a conocer y discernir los bienes que prepara la sociedad al hombre que se ocupa con provecho. De este modo quedaria en sus tiernos corazones gravada profundamente la idea de que es tan digno de estimación y aprecio el hombre industrioso y aplicado, quanto detestable la memoria sola del zangano holgazan que debora la sustancia que toca de derecho al que trabaja (IV, 7).

Pero lo que no se puede lamentar bastante es, que, en un pueblo puramente agricultor, y que no puede dexar de serlo enteramente en seis siglos quando menos, no haya un solo establecimiento en que se enseña la buena agricultura por principios... ¿Y por qué no se les podría destinar un pequeño campo en el que a los menos un día en la semana se les hiciese conocer el arado, y el

modo de labrar la tierra? ¿Por qué no se les había de acostumbrar a que supiesen plantar por sus propias manos algunos arbolitos, que cuidasen de su conservación, los insertasen, transplantasen y tomasen por ultimo algun conocimiento practico del arte jardinero? ... Unos pequeños premios repartidos con oportunidad y sin predilección a los que mas se aventajasen en este ejercicio honroso, los haría vigilantes y anhelosos, y crearia entre ellos una emulacion que produciria progresos indecibles (IV, 17-18).

El desarrollo de la industria para incrementar la productividad y disminuir los costos

Vieytes señalaba constantemente, y con ejemplos concretos, de qué modo la combinación entre las riquezas naturales de la tierra y la aplicación a la industria podrían incrementar notablemente la riqueza del país:

Si para prosperar un pueblo y hacerse floreciente, basta el que sea activo, e industrioso, y que mantenga en una constante ocupación los brazos de todos los individuos que lo componen, aun quando se halle situado en el terreno mas ingrato, ¿a que grado de opulencia llegaría el que se hallase dotado por la naturaleza de unas tierras feraces, capaces de producir casi por si mismas, y solo ayudadas de aquel pequeño impulso que les da una mano inaplicada? Sería incalculable la riqueza: sus habitantes serian los mas felices de todos quantos gravitan sobre la tierra: y en la historia general del mundo tendría un lugar distinguido y preferente. Tal podría ser el estado de nuestras Provincias, si uniendo nuestras fuerzas, y removiendo los estorvos que a la industria opone la inaccion, nos aplicasemos por todos los medios posibles a cultivar las infinitas especies que es capaz de producir una tierra agradecida, y que son de la mayor estimación y aprecio en casi todos los pueblos conocidos. De esta naturaleza es la materia colorante que produce la conchilla... (I, 241-242).

...siempre seré más agradecido al Carpintero que de unos toscos trozos me proporcionó la comodidad de una docena de sillas para sentarme, que al Mayorazguete que se ocupa unicamente en andar todo el dia con la escopeta

apoyada en el brazo izquierdo, porque de esto no reporta provecho el bien comun...La industria debe tener por precision su base en las materias primas. ¿faltan estas? No ciertamente, luego qué es lo que falta? Aplicación, amor a la industria... (I, 266-267)

Artesanos: creed que vuestro estado compone una parte indispensable al complemento del globo, que sois el alma de la columna del estado, y que el pan con que alimentais vuestras familias humedecido con el sudor de vuestro rostro es mas sabroso que el teñido con sangre, que el enmohecido con el engañoso artificio; persuadios de esta verdad... (III, 305-306).

Instruyase al labrador de un modo que no haga sus operaciones por rutina; introdúzcanse en nuestras provincias algunas de las muchas maquinas que ha inventado la industria de los hombres para multiplicar la fuerza, y este será el gran secreto de que salgan en su origen a un precio moderado nuestros frutos aun quando quede inalterable el precio del jornal (II, 207).

II. La necesidad de poblar el país. Modos de incrementar la población

Un tema frecuentemente mencionado por Vieytes fue el de la necesidad de poblar el país. En un período de escasa industrialización, en el que la producción dependía esencialmente del trabajo personal, Vieytes veía que en un país de enorme extensión de tierra muy fértil, era fundamental la cantidad de brazos aptos para el trabajo en el campo:

Mientras que en nuestras Provincias no se aumente el número de habitantes capaces de poder consumir los frutos propios, y aquellos que nos acarree nuestro comercio, nunca lograremos el hacerlo a lo exterior en proporcion a los muchos ramos que se pueden cultivar (I, 52-53).

Una Nación no es poderosa por el espacio que ocupa en el globo, sino por su población, su trabajo y su industria. De este modo se ha hecho tan gigante la Inglaterra por medio de un dilatado comercio que ha tenido por base la Agricultura y las manufacturas más florecientes (I, 71).

En consecuencia, tenía varias propuestas para poblar el país, que incluían fomentar al máximo el acceso a la propiedad de la tierra, lo que produciría un éxodo de gran cantidad de gente ociosa de la ciudad al campo; asegurar la protección de la propiedad y el comercio, para atraer la inmigración extranjera; incorporar a la sociedad a las poblaciones indígenas, marginadas y perseguidas, así como eliminar la esclavitud, lo que permitiría la integración de esas personas a la vida social, al acceso a la propiedad, a la tierra y a la producción. A continuación se reproducen algunos de los párrafos que contienen estas propuestas.

Sobre el derecho de propiedad mediante la distribución gratuita o a muy bajo precio de la tierra fiscal entre la gente dispuesta a trabajarla, lo que fomentaría el establecimiento de poblaciones fijas en las zonas rurales y la atracción de inmigración extranjera, escribe:

Quando se lleguen a ensanchar los estrechos limites a que en el día nos hallamos vergonzosamente reducidos, y se den en propiedad y sin costo alguno las tierras necesarias a los que soliciten poblarlas, veremos renacer en nuestros campos aquella abundancia de ganados que supo en otro tiempo aniquilar el robo y el destrozo... Vendrán las gentes en tropa a situarse en nuestros países, llamadas de la facilidad de subsistir, y de dexar a sus hijos un establecimiento duradero, que les hubiera sido imposible conseguir en otra parte donde la naturaleza les negaba este encuentro. Se extenderá la población hasta las orillas de aquellos grandes rios que riegan la extremidad de nuestras pampas, y anchurosas margenes serian los linderos que fixasen la extensión de esta Provincia, y la mas firme barrera que se podria oponer para la seguridad del inmenso numero de ganados de que se inundaria un terreno tan feraz (I, 182).

Si nuestra población no crece en proporcion a la feracidad y abundancia de sus tierras, y si su industria no adelanta con respecto al numero de sus habitantes, debemos entre otras encontrar la causa en la falta de propiedad que tienen los labradores de la tierra que cultivan; porque ¿Cómo podrá un colono hacer cercas, cubrir bañados y pantanos, plantar arboles, ni hacer ninguna de aquellas mejoras que demandan las posesiones rurales, sino tienen un conocido interes en ejecutarlo qual es el disfrute perpetuo de ellas? (V, 87).

Sobre la integración de la población indígena mediante el intercambio comercial, escribe párrafos que no han perdido vigencia:

Hay no obstante algunos caminos fáciles que seguir, para apresurar el orden lento y peroso con que establece sus leyes, y precizarla, por decirlo así, a que salga de su sendero ordinario. Tal es la reducción del crecidísimo número de Salvajes que habitan a las amenas márgenes, y campos intermedios de los dos caudalosos rios el Bermejo y el Pilcomayo. El ganar esta preciosa porción de hombres para la sociedad, de la que hoy se miran como excluidos por su vida errante, seria lo mismo que crearlos de nuevo...2 (I, 170-171). El comercio, que cura las preocupaciones destructivas, y que suaviza las costumbres mas feroces; que reúne y asocia los intereses de las Naciones todas, y que las hace mutuamente dependientes unas de otras por medio de la circulación recíproca de sus producciones; es el único medio que podía, y debia ponerse en execucion para ganar hacia nosotros toda esta porción de hombres aislados por dos caudalosos rios navegables, que nos son apenas conocidos, y que podrían ser de un recursos asombroso al comercio interior de las Provincias del Perú (I, 172)

Puedo exponerme a asegurar, sin que se llame exageración, que aquellos Indios amigos que se hallan situados a la falda de la cordillera, no esperan otra cosa que una comunicación directa, y no interrumpida para abrazar con nuestras costumbres, nuestras sabias leyes, y nuestra santa Religión... Qué dirán ahora los que declarados enemigos del nombre Español han hecho pasar por tradición sucesiva la impostura de que *para aumentar su autoridad ha casi destruido todos los primitivos habitantes de la America, creyendo que era mexor degollarlos que civilizarlos destruirlos que gobernarlos...* (I, 331).

Respecto de la esclavitud, Vieytes publicó un trabajo de Samuel Crumpe donde el autor irlandés hace referencia a la mala inversión que constituía la acumulación de esclavos destinados a criados:

El rico fomenta la industria comprando la obra de diferentes trabajadores y artistas, pero una parte de sus rentas la gasta en sus criados, cuyo trabajo es

perdido para el estado porque no se destina a ningún artículo de industria, sino que de los tales se puede decir que ganan el pan en la ociosidad (III, 202).

En este párrafo, Veytes colocó una nota a pie de página, donde agregó:

De ningún pueblo de America acaso se pueda decir esto con mas razon que de Buenos Ayres, pues ha llegado a tal el luxu en tener copia de esclavos de servicio que casi se pueden contar dos por cada un individuo libre; quando en la campaña apenas se encuentran los brazos suficientes para recoger aquella pequeña porción de frutos que deboran estos instrumentos de la banidad y el luxu (III, 202).

Veytes avanzó sobre la conveniencia de liberar a los esclavos, y permitir que se dediquen a las tareas rurales como hombres libres, lo que generaría incentivos para incrementar la productividad. Explicó que el tráfico de esclavos, admitido por el Rey como una manera de sumar brazos a la producción agrícola, se había convertido en un medio de sumar sirvientes y mantenerlos en las ciudades. Ello producía dos efectos negativos: por un lado, bajaba considerablemente el nivel de los salarios, toda vez que muchas tareas que podrían ser desempeñadas por hijos de españoles, eran hechas por esclavos; por el otro, desalentaba la aplicación de los hombres libres a las artes e industrias, que eran consideradas tareas indignas dejadas a los esclavos negros.

Frente a ello, entendía que debía fomentarse el desarrollo de las artes y la industria entre los hombres libres, fueran del color que fuesen, y alentaba la creación de escuelas de artesanos entre la gente de color que obtuviese su libertad:

El deseo de mantener en pie, y sin trabajar, un pequeño capital, ha sugerido la idea de emplearlo con preferencia en comprar esclavos, y destinarlos a los oficios para que con su trabajo recuperen algo mas que el interes del fondo invertido en esta especulación; por semejante medio se han colmado de estas gentes mercenarias todas las tiendas publicas, y han retraido por consiguiente los justos deseos de los ciudadanos pobres de aplicar sus hijos

a este genero de industria; y aunque los campos se hallan despoblados y exigen brazos trabajadores, que en ocasiones se pagan a mas alto precio que en el poblado, con todo no vemos que se hayan invertido hasta ahora algunos fondos por semejantes especuladores en comprar esclavos con el interesante objeto de destinarlos a la agricultura, no obstante de haber sido este sin duda alguna el unico objeto que tubieron en consideración nuestros Augustos Soberanos para dar tantas franquicias y exenciones a semejante ramo de comercio (IV, 236).

Por otra parte los oficios y las artes se perfeccionan del modo posible entregando en manos de hombres que estuviesen dotados de vergüenza, y a los que una regular educación inspiraría constantemente honrados sentimientos; los capitales que hoy se invierten en la compra de esclavos a este efecto, tomarian otro destino mas conforme, y menos gravoso a los altos derechos de la sociedad quando se invirtiesen de este mismo modo serian para destinarlos al trabajo de los campos que en el día casi se miran heriales por falta de brazos que los laboren (IV, 236-238).

Esta prohibición de que los esclavos fuesen empleados en la industria y las artes, debía estar acompañada por la prohibición de su tráfico en la región:

...Por último la América es original en esta parte, y exige una justa restricción de estos derechos que solo pueden llamarse vulnerados quando se dirijan a atacar la libertad agena. Prohibase pues toda ulterior introducción de los esclavos a ocupar los talleres que la naturaleza ha destinado en nuestra patria exclusivamente para los hombres libres, o proscribese para siempre este funesto trafico que causa indispensablemente perjuicios tan enormes a millares de hombres, que al mismo tiempo que sirven de oprobio a la sociedad, perpetuan la pobreza y la miseria de la America. (IV, 257-258).

Algunos años más tarde, Vieytes participó entusiastamente en la discusión producida en el seno de la Asamblea de 1813, abogando por la abolición completa de la esclavitud.

III. El desarrollo industrial y el comercio

En la exposición lógica del pensamiento de Vieytes, una vez afianzada la producción agrícola y ganadera, el paso siguiente era aprovechar al máximo ese producto a través de la industria. El desarrollo industrial permitiría incrementar la cantidad de bienes disponibles, proveer ocupación a quienes no pueden dedicarse a las tareas agropecuarias, y aumentar la nómina de productos ofrecidos en el mercado. Así,

... Nación alguna puede prosperar sin el fomento de la industria; su extensión es inmensa, sus objetos innumerables, sus utilidades indecibles. Cuanto producen los tres reinos de la naturaleza, tanto es susceptible de industria, y cuanto abraza la industria tanto es útil a los hombres. Ella da ocupación y sustento a un sin número de familias; ella atrae la abundancia y la riqueza; ella aumenta la población y los consumos; ella destierra la pobreza y la mendicidad; ella promueve las ciencias y las artes; ella vivifica las Naciones, y sin ella jamás pueblo alguno pudo salir de pobre, bárbaro e ignorante; sin ella casi de nada sirve la agricultura, porque ella es la que da valor a los frutos que cultivais, y la que da ocupación y provecho a los débiles brazos de vuestras familia numerosa (...) De nada sirve la fertilidad del terreno si no se sacan de él todos los frutos que es capaz de producir, y mucho menos si a estos no se les da alguna obra de mano que los ponga en estimación y aprecio (I, 10).

Además de crear empleo y aumentar la productividad, la industria mejoraría la calidad y el precio de los productos ofrecidos al comercio internacional:

Quando todo nuestro empeño y nuestro esfuerzo debia dirigirse hacia el adelantamiento de nuestro comercio activo procurando disponer las materias primeras que exportamos de un modo que las busque con ansia el comprador, y establecer por este medio un credito inalterable en los payses mas distantes hasta los que seguramente llegan nuestros preciosos frutos, obstinados cie-

gamente en la rutina y en la viciosa practica que dexaron establecida los mayores, no osamos abrir los ojos para adelantar un paso, y labramos con nuestra decidia la inevitable ruina de un comercio que empieza a establecerse: digalo la Habana en cuyo comercio se ha hecho mas detestable nuestro nombre con el motivo de las introducciones de harina de perversa calidad, quando con solo leer ligeramente el metodo sencillo anunciado en el número 18, podian los exportadores de este fruto asegurar cumplidamente sus expediciones mercantiles, y recobrar el credito que ha echado por tierra la malicia y la ignorancia; ¿qué importa que los apreciables y copiosos frutos que produce este suelo feracisimo sean por si solo suficientes a labrar la felicidad y la opulencia de esta provincia puramente agrícola, si nosotros contrariando abiertamente las miras benéficas de la naturaleza prodiga oponemos sin cesar unos estorbos invencibles al adelantamiento nacional? (II, 187).

Es verdad que es muy lenta, y casi ninguna la exportación que hacen de lanas los buques que frecuentan nuestros Puertos, y que esta falta de extracción no puede menos que influir poderosamente en el abandono, que se hace de un ramo por tantos títulos recomendable; pero hace mucho tiempo que debimos conocer, que solo su finura y buena calidad, juntamente con el acomodado precio a que la puedan comprar, será el mas poderoso aliciente para que a porfía la exporten a la Europa, en donde jamás dexará de tener un precio igual a la mexor de España, si como esta consagramos toda nuestra atención en mexorarla (I, 104).

Vieytes daba una enorme importancia al comercio, sin el cual, el producto de la agricultura y la industria no podría convertirse en verdadera riqueza y bienestar para la gente:

Si la agricultura y la Industria son necesarias a una Nación, no le es menos el Comercio. Su antigüedad raya con la primera edad del hombre, y con el origen de las Sociedades; cuando el primer cultivador obligó a la naturaleza a que le diese sus alimentos, ya llevaba envuelto en sus sobrantes el primer rudimento de las permutas, origen del Comercio; de este modo el Labrador que cosechaba algunos frutos, y que le faltaban otros, cambiaba los sobrantes

superfluos por otros de que carecía, y de este modo se entabló entre los hombres una necesaria relación de permutas, que después se fue incrementando a proporción que crecían las especies cultivadas, y la necesidad de disfrutarlas... Las producciones naturales de las tierras y de las aguas eran seguramente las más necesarias al hombre, y por ello fueron los primeros objetos de sus permutas; sucesivamente se dieron a estas producciones una nueva forma que las hicieron más cómodas y agradables; fue preciso transportarlas a continentes diversos, en lo que se concibieron riesgos que fue preciso asegurar, y he aquí el origen de la Industria, de la navegación, y del nuevo ramo del Comercio conocido con el nombre de Seguro. Por último, descubierta la América creció tan notablemente el comercio de Europa, que para que no se retardasen los cambios fue preciso se sustituyesen al oro y a la plata, papeles que los representasen, y del trueque, o la negociación de estos papeles por dinero nació el Comercio de Cambio (I, 17-18).

La experiencia de todos los siglos nos demuestra que el grado de civilización, cultura y opulencia a que puede llegar una Nación es solamente debida a la más o menos acogida y libertad que haya dado a su Comercio (I, 25).

La ocupación mercantil, sea de la clase que fuere es la fundadora de los pueblos, se estableció en el mundo quando hubo dos solos racionales; ¿qué otra cosa es un diálogo que un interesante comercio que hace la locución con poderes del alma? El comercio finalmente es el manantial de las riquezas, la escuela en que se afinan las potencias, y el brete que amanza la ferocidad, y sujeta a raya el desenfreno vicioso; en donde no hay comercio no florecen las letras, y en donde estas se desconocen impera la barbarie (III, 172).

Vieytes advirtió la necesidad de que no existieran regulaciones legales estorbando el comercio, y señaló la forma en que la libre competencia genera mayor riqueza para todos:

...un país no tiene suficientes granos si no tiene una cantidad mayor que la que precisamente necesita para su consumo; pero si esta cantidad superflua refluye por falta de salida en los mercados bajan los precios, se dismiuyen las utilidades de las labores, y a esto se sigue indispensablemente la

miseria... Por eso es que todas las Naciones sabias, estudiando profundamente el medio de conciliar el moderado precio de los granos con el fomento de la agricultura, han convenido en conceder una libertad indefinida al comerciante de ellos, porque han advertido que hecha una vez una prohibición, sucedería que los mercaderes de granos se hallarían siempre poseidos del temor de que en el preciso tiempo acaso de tener hechos sus acopios, podría suceder la prohibición que les hiciese imposible la extracción, en cuyo caso se verían expuestos a perder las miras de sus primeras y más interesadas especulaciones contra el fomento y la esperanza que debe recaer sobre el Labrador (I, 61-62).

El comercio anima a los hombres a que den nuevas formas a las producciones que nos franquea la tierra por el sudor del honrado Labrador. La concurrencia aumenta su precio, y en la misma razón crecen los fondos, y los recursos de la Nación (I, 108).

En los números 7 y 8 del *Semanario*, Vieytes publicó un artículo titulado “Industria y Comercio”, en el cual mostraba cómo el incremento en el bienestar de la población debía buscarse inicialmente en el fortalecimiento del comercio interior dentro del Virreinato. Pero como el comercio es un camino de dos vías, no se pueden vender excedentes donde no existan otros excedentes que se reciban a cambio. Las fuertes restricciones comerciales existentes como consecuencia del monopolio español y las sucesivas guerras con Inglaterra, hacían que debiera mirarse con mucha atención las posibilidades de comercio interior:

El consumo exterior, que facilita el comercio, aumenta la agricultura, perfecciona la industria en una Nación y la enriquece; pero sin el consumo interior, no puede subsistir este primer fondo, de donde saca el comercio sus riquezas. El consumo interior es el que debe formarle, animarle, y aumentarle, hasta el extremo de suministrar objetos de especulación al comercio exterior (I, 53).

Al ruido de las voces con que Smith se lamentaba del descuido con que los pueblos modernos miraban su comercio interior, y de su extrema inclinación

al comercio exterior, llegaron a despertar de aquel letargo y conocieron al fin que mientras se mantengan entorpecidas las comunicaciones interiores entre todos los distritos de un mismo territorio por falta de caminos o de canales navegables para conducir y vender en todas partes los frutos de la agricultura, serian del todo vanos los esfuerzos que se hiciesen para hacer tomar el mayor valor a las producciones territoriales. En consecuencia de este principios ha sabido el Gobierno Ingles usar diestramente de aquellos dos grandes resortes que mueven de continuo al hombre, que son el interés y el amor propio, por cuyo medio, y el de asegurarle pacíficamente la propiedad de una empresa dirigida a la formación de algún canal, ha mantenido entre los interesados una noble emulación de las riquezas adquiridas por este medio, y de la gloria que les resulta de tan inmortales obras... A este tenor se empeñan a porfia todas las naciones de la Europa en procurar por todos los medios posibles una libre y perene rotacion de los frutos territoriales, para animar la agricultura e industria de los pueblos por medio de sus reciprocas permutas; ya han conocido que la mania de procurar una continua exportacion desatendiendo las relaciones interiores, era un obstáculo invencible a la igualdad de la fortuna de aquellos habitantes que distantes de las costas se miraban privados del recurso de despedir los sobrantes de su industria; y desde entonces se han ligado de tal modo los intereses mutuos por medio del tráfico interior, que un mismo estímulo, un mismo interés liga a los hombres felizmente a procurarse los recursos que les proporciona el trabajo (I, 321-322).

Estas mismas ideas se aplicaban al comercio internacional. Vieytes tenía una idea de un mundo “globalizado” ya en los primeros años del siglo XIX:

Todo el mundo no es más que una población grande repartida en muchos cuarteles por mas que entre unos y otros se interpongan mares, desiertos inmensos, y penosas cordilleras poco menos que inaccesibles a la planta del hombre; la industria allano las dificultades que impedían el trato social, y ya no se conoce region que ignore la existencia de las otras con quienes sostiene una no interrumpida inteligencia de comercio activo y pasivo, y vease aquí que al modo que en una numerosa población rueda el trato comun

y el particular de cada familia del uno al otro extremo, y de un barrio a otro, concurren todas las naciones del universo a auxiliarse recíprocamente unas a otras: no negaré por esto que un pueblo cuyas producciones naturales y de la industria sean capaces de hacer que exista el individuo, pueda vivir en independencia de los demás, pero este será solo como el pavimento de una gran cárcel a que están condenados de por vida unos entes desgraciados, insulsos, y recios, inútiles al comun de los hombres, y abominables a toda la naturaleza (III, 171-172).

Por ello señalaba incansablemente la importancia del comercio internacional:

Por lo que los extranjeros no introducen en nuestros puertos podemos venir en conocimiento de lo que les falta; ellos han hecho un diccionario exactamente arreglado a los renglones de nuestra necesidad, pero nosotros ni un paso hemos dado a fin e dar a estos buenos próximos una prueba de agradecimiento enviándoles en recompensa de sus servicios una gran parte de lo que nos sobra. No es esto lo peor: aun les compramos muchas especies de que estamos en posesion, y otros renglones manufacturados cuyas primeras materias han sido nuestras (II, 74-75).

Una población, no puede engrosar sus entradas, sino en razón del pie en que se halle su comercio; el giro de importación solo, socabará sus caudales; pero alternado este con el activo de exportación, mantendrá en equilibrio la suma de lo que expende en las compras con la que percibe en las ventas; y vease aquí la máxima por la qual o se hacen opulentas las medianas poblaciones, o no se deterioran, a pesar de la carcoma del luxo, las grandes ciudades (III, 68).

Siguiendo a Smith, veía en el comercio interno e internacional un negocio para el mutuo beneficio de los comerciantes, contraponiéndose a la visión mercantilista. En el artículo “Industria y Comercio” expresaba:

...no siendo el comercio otra cosa que un cambio recíproco de los diferentes objetos de consumo, era preciso que para dar mucho, se recibiese mucho;

porque aquel en que se vende mas que se compra, y que el Pueblo que pudiese seguir una conducta semejante, breve lograría el ver arruinado a el que en las permutas fuese las mas veces comprador que vendedor, de que necesariamente se seguiria su propia ruina, porque no teniendo ya consumidores que le comprasen sus frutos, se hallaría ahogado por la refluencia de su propia abundancia.

Para extender y continuar con lo superfluo de nuestras producciones que es lo que forma el objeto de las permutas, a que llamamos comercio, es necesario favorecer del mismo modo lo superfluo de los Pueblos con los que establecemos nuestras relaciones mercantiles, porque este superfluo es la única moneda con que se debe pagar el valor de nuestras ventas; por esto es que para vender mucho a un Pueblo es menester desearle grandes medios para poder comprar; de este modo se establece un nivel constante entre ambos Pueblos, que si por algun accidente imprevisto se llega a trastornar, no tardará mucho en volver a recobrar su antiguo equilibrio... (I, 52).

En consecuencia vio la necesidad de que no se impongan trabas o restricciones al comercio internacional:

Yo desearia que mis compatriotas inflamados una vez del patriotismo que me anima, conociesen que no puede ser venturoso y feliz un territorio en el que no se hallen el cultivador y el comerciante íntimamente penetrados de que el objeto de sus especulaciones no sufrirán con pretexto alguno la menor traba que se oponga a su libre exportación, y que por el contrario será siempre precaria y limitada la opulencia del infortunado pais en que se adopte como máxima constante la libertad o restricción según las alternativas de abundancia y escasez (II, 292).

Muchas veces sin distinguir las causas se confunden los efectos; asi vemos que los nombres de *carestía* y *escasez* se creen sinónimos, sin advertir que la primera puede verificarse por mil causas que la necesaria ley del equilibrio sujeta indefectiblemente a todas las cosas venales, y esto aun quando hayan producciones suficientes de aquella especie para el consumo de los habitantes, quando la

segunda supone necesariamente un deficit que solo podrá suplirse por importaciones sucesivas del mismo género, en uno y otro caso no comprendo la necesidad de una prohibición; no en el primero, porque suponiéndose cara en su origen, es absolutamente imposible que después de sufrir los riesgos y los costos que debe ocasionar en su extracción pueda concurrir en el mercado a que se dirija con los que de la misma especie introduzcan otros comerciantes; y nadie es tan negado y tan poco calculador, que sin estar medianamente cierto de una ganancia efectiva, o a lo menos seguro de que no se arruinará en su especulación, quiera por capricho aventurar su capital: tampoco en el segundo, porque nadie da lo que no tiene, y no habiendo los frutos suficientes al consumo necesario del propio país que los produce ¿cree Vm. que deseen de encarecer, y que por consiguiente no sean nulos los deseos de los que quieran exportarlos? Así será seguramente: ¿puede entonces sobre qué recae la prohibición? ¿Qué quiere decir aquella voz *no salga el fruto, porque no hay, o apenas hay el suficiente para el propio consumo*? Confieso a Vm. de buena fe que no lo alcanzo, y que lo único que comprendo, y que debían comprender todos nuestros compatriotas es, que una prohibición, aunque sea infructuosa, como en los dos casos que acabo de citar, y los únicos que pueden dar mérito a interpretarla del Superior Gobierno, solo sirve de alarmar al acopiador de frutos, y de decirle expresamente que suba el precio de ellos; y lo que es aun peor que todo, de retraer al comerciante de invertir su capital en un objeto de especulación que puede sufrir mañana una absoluta prohibición en su salida. (II, 298-299).

En el extracto de la memoria de Samuel Crumpe sobre los medios de procurar ocupación al pueblo, Vieytes transcribe conceptos del médico irlandés vinculados con ciertas prácticas intervencionistas en el comercio exterior altamente perjudiciales, tales como las represalias arancelarias y los intercambios de privilegios:

Quando las naciones extranjeras prohíben la importación de algunas de nuestras mercaderías, sería bien usar de represalias, por si se puede lograr abolir los derechos e impuestos que nos incomodan en otros países; pero si no, sería impolítico darnos por entendidos de la injuria hecha a un ramo particular de nuestra industria, perjudicando a todo el comun, como sucedería necesariamente prohibiendo la introducción extranjera de semejante manufactura, o de otras, y obligando al pueblo a que compre de sus compatriotas mas caro que del extranjero (III, 277)

Se ha adoptado en cierto modo como una maxima, que quando una nacion da a otra la preferencia para llevar a algunos de sus articulos de comercio, esta la debe pagar el valor concediendola igual favor. Asi es que nos hacen preferir los malos y caros vinos de Portugal, al los buenos y baratos de Francia... De esta manera se erigen en maximas politicas las especulacioncillas rateras de los mercaderes cortos: el comercio rico compra siempre sus mercaderías en donde las halla de mejor calidad y mas baratas sin reparar en tales mecanicas (III, 279-280).

El metodo que presenta mas ventajas a una nacion agrícola para formar en su seno artesanos, fabricantes y comerciantes, es el conceder la mayor libertad al comercio de los artesanos, fabricantes y comerciantes de otras naciones; porque de esta manera subira el valor del excedente de productos de su propio pais, y del aumento que vaya recibiendo se formará un capital que con el tiempo producirá el numero de artesanos, fabricantes y comerciantes que necesite (III, 339).

IV. Los presupuestos institucionales de la riqueza

Vieytes tenía claro que el trabajo de la tierra, la innovación industrial y el comercio requieren ciertos presupuestos institucionales, sin los cuales resulta imposible la producción de riqueza. Fundamentalmente, esos presupuestos son el respeto de la propiedad privada, la protección de los contratos libres, y la libertad de acción frente a restricciones excesivas por parte del gobierno:

Para que prosperen nuestras campañas deben asegurarse las propiedades de manera que nadie pueda ser inquietado en ellas; la facilidad de turbarla es el origen del poco incremento que se nota en la población de nuestros hermosos campos (II, 19).

Feliz el que habita en un país en que reine la paz, en que sean respetadas las propiedades: que si no se posee, no se goza, se cultiva con temor, se recoge el fruto con inquietud, y se trabaja sin esperanza de adelantar. Pero en un buen gobierno, el que adquiere una posesión, desde luego puede elegir el método con que la ha de cultivar, que puede ser, o dándola en arrendamiento, o cultivándola en compañía a mitad de frutos, o labrándola por medio de criados o jornaleros (II, 123).

Si la propiedad de las tierras no fuera el mayor aliciente para fixar al hombre en un país para determinarle al trabajo productivo de la agricultura, no hubiera sido desde la más remota edad del mundo el único premio ofrecido por los países despoblados para establecer en ellos una numerosa población. Pero para comprobar esta verdad no necesitamos remontarnos a siglos tan distantes; casi en el nuestro podemos decir haber visto un país inculto y despoblado, hendido por la primera vez con la reja del labrador, y elevado a la mayor prosperidad por medio de concesiones gratuitas de pequeños terrenos a los hombres industriuosos. Los Estados Unidos de la América Septentrional han debido no solo todo su apoyo y subsistencia, sino también su riqueza y alta consideración a esta especial política (V, 87).

También señalaba las ventajas que el respeto de la propiedad traería para poblar regiones despobladas del país:

La propiedad sola, esta deidad a quien los hombres sacrifican gustosos sus sudores, porque no la temen presa de una ambición desenfrenada, sacaría de la inacción a algunos centenares de hombres, que demasiado amantes de la independencia no quieren cautivar su libertad en el servicio de alguno otro, y estos brazos más aplicados al cultivo de la tierra la harían producir con abundancia los óptimos frutos con que sabe recompensar a quien la labra... Aún hay más; todos los Indios amigos que hoy tenemos establecidos

a orillas del Salado y que reciben auxilios repetidos de manos de los Españoles que se hallan poblados a sus márgenes, serán seguramente a poco tiempo otros tantos hombres útiles, con cuyos brazos podrá desde luego contar nuestra agricultura y nuestra industria; y a su ejemplo no temerán establecerse entre nosotros aquellas tribus errantes que han fiado su subsistencia de la caza o del robo y el pillage... La necesaria concurrencia del comercio atraeria también de todas partes hombres que queriendo disfrutar de las conveniencias que presenta un pueblo mercantil, no tardarían en dirigir sus miradas a los campos, en los que encontrarían una segura y facil acogida para formar un establecimiento lucroso y duradero (I, 332).

Si Anselmo, mientras el hombre no tenga en propiedad la posesion del campo que cultiva, mientras no se halle asegurado que los frutos que le proporciona su sudor han de ser exclusivamente suyos, y mientras no tenga la libertad de disponer de ellos y de sus facultades a su arbitrio, sin que haya fuerza alguna que baxo ningun pretesto, ni aun baxo el especioso de bien publico, le altere el goze y posecion de estos derechos que la naturaleza ha escrito, no en debiles pergaminos sino sobre sus mismos organos; serán vanos, serán infructuosos e inútiles todos quantos esfuerzos se hagan para inclinarlos al trabajo.

Ve aquí el mas solido cimientto de nuestra organización civil, del qual, si por desgracia nos desviamos un solo apice, jamas podrá elevarse de un modo duradero el majestuoso edificio de nuestra prosperidad. Consulta los anales del mundo, y en ellos hallarás que todos aquellos pueblos que infelizmente han desatendido la religiosa observancia de estos reguladores de la felicidad comun solo se han podido sostener un pequeño tiempo vacilantes, dexando en su ruina a la posteridad un triste, pero vivo ejemplo de que la conveniencia general está tan intimamente unida a la individual, que no se puede jamas desatender esta sin que aquella se resienta al punto de una convulsion moral (IV, 338-339).

Vieytes señalaba la importancia que tiene definir derechos de propiedad sobre la tierra para generar incentivos de trabajo y producción:

El deseo de poseer nace con el hombre; los que carecen de propiedad, es porque no alcanzan los medios de conseguirla; facilítelosles satisfacer este deseo, y nos sobrarán pobladores (II, 273)

El colono, que no mira en la tierra que cultiva mas que un instrumento pasajero para la subsistencia del momento, y que sabe que el campo que hoy labra su diligencia ha de ser mañana la posesion de otro arrendatario, o del señor del predio, no puede jamas por mas diligente y activo que sea en su profesion hacer mejora alguna, aunque la conciba sumamente interesante, si le ha de costar algun dispendio, mucho mas quando en semejantes arrendamientos no se conoce un termino legal prefixo por determinado tiempo que obligue al propietario a respetar la posesion del colono. Esta incertidumbre le hace descuidar enteramente de aplicarse al conocimiento de la calidad de las tierras que cultiva; de aquí el no ejecutarse las labores y las siembras con oportunidad, y el mal resultado de las cosechas en perjuicio de la riqueza y conveniencia general. En semejante campo solo se labra una miserable y reducida choza que escasamente puede dar un albergue incomodo a la familia del labrador; el fruto de sus cosechas queda en los campos expuestos a las intemperies de la estacion por falta de comodidad para guardarlo, y se sacrifica al primero que lo quiere, sino es que se ha vendido en pie por no exponerlo a los temporales después de la cosecha. Semejantes colonos se apresuran solo abuscar tierras que labrar en aquellos años que han tomado alguna estimacion los frutos, y así están dispuestos a abandonarlas luego que baxa el precio de ellos: de este modo son solo unos labradores del instante, que ejecutan de prisa y sin el menor conocimiento las operaciones rurales.

Pero que al contrario sucederia si cualquiera de estos hombres, que se llaman indolentes, se hallara en posesion de un pequeño campo, y de cuya propiedad estuviese asegurado, pues entonces dedicandose de proposito a labrarlas, y a sacar de ellas todo el provecho posible mediante las sementeras sucesivas de los diversos frutos a que se prestan unas tierras vírgenes y pingües, crecerian por precision su comodidad y conveniencias, y se hallarían en estado de hacer en sus posesiones, quando menos, aquellas mejoras indispensables para la mejor producción y custodia de sus frutos (V, 88-89).

Y agregaba que el derecho de propiedad y la libertad deben ser garantizados, no sólo para proteger la libertad del hombre a trabajar y producir, sino también para disponer del fruto de su trabajo sin verse obligado a servir los intereses de otros:

¿Conoces Cura mio la necesidad estrecha de que los labradores tengan tierras en propiedad para que prospere prodigiosamente la agricultura y se engrandezca nuestra Patria? ¿Conoces que el hombre solo puede poner en uso su energía quando trata de su provecho, y que el cebo de la ganancia es el mas poderoso agente para mover sus brazos y hacerle detestable la ociosidad? Pues del mismo modo debes conocer y persuadirte que el fruto de este trabajo, y la libertad de disponer de él, debe ser de tal modo exclusivamente propia del que lo adquirió por su industria y sus fatigas, que no le asume jamás el mas ligero temor de que habrá fuerza alguna que le obligue en ningun tiempo a hacer que lo emplee de otro modo que el que mas acomode a sus designios, con tal que en ello no perjudique al derecho de sus conciudadanos. Sin este sagrado respeto hacia la propiedad individual no creas que jamas prospere pueblo alguno... Si, no lo dudes, no habrá pueblo alguno sobre la tierra, y del que la prosperidad sea compañera inseparable, si sus reglamentos y sus leyes no tienen por base un derecho tan precioso (V, 111).

Pero no basta amado Cura el que se respete y defienda la propiedad del individuo, y que el poderoso brazo de la ley se oponga abiertamente y castigue con severidad al que ambicioso intentare invadirla; es necesario además que la ley proteja y autorice al propietario de modo que pueda libremente disponer de los bienes adquiridos por su industria según su voluntad, y no según el capricho ageno... No hay duda alguna que el bien publico debe arrastrar tras si al bien particular, pero tampoco la hay en que la convenciencia de muchos no debe ser desde luego preferible a la de pocos individuos; porque si esto fuese razonable no habría inconveniente alguno para que los pobres de un pueblo, que son sin comparación en mayor numero que los poderosos, pidieren de derecho el que se les despojase a estos para repartir entre ellos, una parte de los bienes que disfrutaban, aunque adquiridas por su industria y sus talentos. Mira pues, que consecuencia

tan fatal veníamos a deducir si se diera ascenso a los que quieren asustar a los desprevenidos con el ruidoso nombre de bien público. No Anselmo, no creas que pueda favorecerse jamás el bien general cuando se sienta agraviado un solo particular: acuerdate de lo que dice Foronda a este proposito, a saber, que el bien público se compone de la suma de los bienes particulares, y que si a los individuos les es nociva una cosa, lo será también a todo el cuerpo. Así continuamente se confunde el bien de la mayor parte con el beneficio público, y se asientan como verdades demostradas unos principios inicuos: ¿hace por acaso otra cosa el número de sujetos que aumentar la cantidad sin darle ningún valor? ¿Ganan por acaso alguna cosa más los derechos de los hombres por su reunión que los de uno solo? ¿Herida una vez la propiedad de un individuo quedará ilesa la de toda la sociedad? ¿Y podrá por último llamarse a boca llena beneficio público, beneficio general, aquel en que hayan algunos particulares que se sientan perjudicados? Acaso habrá algunos que digan que sí, aunque lo contradiga la razón... El fruto del sudor del hombre no debe estar jamás sujeto al capricho ajeno, y solo el que lo adquiera con sus fatigas es el único árbitro de darle aquel valor que le compense los riesgos y afanes de adquirirlo, pues de otro modo ninguno trabajaría gustoso si llegase a entender alguna vez que el fruto de su diligencia había de estar sujeto a un aforo, o a alguna otra traba que le privase de disponer de él con absoluta libertad; este funesto mal ha hecho incomparablemente más daño a las campañas que las secas y los huracanes, y serán vanos e infructuosos los esfuerzos que haga un país para cimentar su buena suerte, sino se llevan por norte estos principios (V, 112-114).

No basta que el hombre conozca lo que le conviene, es necesario además separarle cuidadosamente los estorbos que pudieran retardar su aplicación: en una palabra, es preciso franquearle tierras en propiedad para que se establezca en ellas. Su posesión no debe estar sujeta a ninguna dependencia: una posesión precaria no es posesión: lo que alimenta al hombre, es la seguridad de que todo cuanto posee, y cuanto mejore su posesión, quedará inviolablemente para sus hijos y nietos (I, 180-181).

En un pasaje en el que se advierte la influencia de Bernard de Mandeville, Vieytes se refiere a quienes se dedican a los asuntos públicos y con su acción entorpecen el trabajo de los “patriotas laboriosos”:

La bien gobernada republica de las abejas no consiente holgazanes; si los zánganos en lugar de aprovecharse del fruto de su trabajo se ocuparan al menos en conducir las propolis para embetunar el interior de las colmenas, no sufrirían la pena a que se les condena por el destierro, o por la muerte. Nuestros zánganos republicanos adornados de talento, y de actitud para ocuparse con utilidad pública y particular en alguno de aquellos ejercicios que exige la sociedad, no solo son inútiles a los patriotas laboriosos sino notoriamente perjudiciales, al paso que destruyen la heredad que su pobre vecino se labró a beneficio del tezon y de la industria, fomentan el vicio, y tienen al Magistrado en continua ocupación. (I, 267-268).

El deseo de lo que se llama orden ha inspirado en todas partes mil reglamentos viciosos y diametralmente contrarios a la felicidad de los pueblos, con especialidad en aquellos tiempos de ignorancia en que la razon cautiva al torrente de la opinión que desdeñaba de analizar los asuntos mas tribiales; resabios son aun de aquellos desventurados dias una buena porcion de máximas economicas que aun subsisten en el centro de la Europa y que han pasado como por sucesión hasta nosotros: de esta naturaleza es la de no dar en todo tiempo una absoluta libertad a la exportación de frutos... Nada es capaz de engendrar en el cultivador una esperanza feliz sino la seguridad de que venderá en todo tiempo el fruto que pudo proporcionarle su sudor; ¿y como podrá esto verificarse quando temeroso el comerciante de una repentina prohibición aleje sus miradas de los campos y las convierta hacia otros objetos que no tengan una inmediata dependencia de las producciones del país? (II, 293-294).

Indica también como función del gobierno eliminar las trabas a la libertad de comercio y a la libre competencia, pues esa es la mejor forma de mantener bajos los precios:

...el baxo precio es el único medio que hay para merecer y lograr la preferencia, pues de otro modo solo se hallaria ligado su consumo al propio pais en que se hubiesen producido; por esto es que toda buena política demanda una continua vigilancia en apartar las trabas que puedan aprisionar la mas crecida concurrencia, o una libertad indefinida, que es uno de los medios mas eficaces para conseguir el moderado precio de las cosas (I, 55).

El error económico de pretender que el gobierno dirija las inversiones y la producción, fue puesto de manifiesto en el extracto de la memoria de Crumpe:

Parece pues muy injusto que haya gobiernos que se quieran entrometer directamente en los negocios particulares de un individuo, y emplear su autoridad para forzarle a que disponga de su capital a favor de la especulación que los mismos gobiernos hallasen mas ventajosa para si. Parecido a esto es lo que se ve al establecer y proteger algunos monopolios y restricciones comerciales. El no permitir en el interior sino la venta de productos de tal arte o tal fabrica, es como obligar al pueblo a que emplee sus fondos en aquel ramo, lo qual no trae utilidad sino perjuicio (III, 275).

NOTAS

- 1 Las citas de Vieytes provienen de la versión facsimilar del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, publicado originalmente en la Imprenta de los Niños Expósitos (1802-1807), reimpresso por Editorial Docencia, Buenos Aires, 2003. En números romanos se indica el volumen y en arábigos la página.
- 2 En nota al pie de página, Vieytes agrega: “Es tanto lo que va incrementando el comercio de los Indios Pampas, que apenas pasa día en que no los veamos entrar a esta Ciudad con cargas de pieles, plumeros, tejidos otras varias cosas apreciables. Ya van sintiendo la necesidad de una vida cómoda, y prefieren a las vugeries y vedidas fuertes, de las que antes eran sumamente apasionados, los tejidos Europeos, de que han empezado a hacer uso para vestirse. Breve dexarán el Quillapi, y con el sus barbaras costumbres, y seremos deudores al Comercio de la permanente amistad de unos salvages, que antes se tuvo por imposible el conservarla” (I, 171).

REFERENCIAS

- Cipolla, Carlo M., 1979, *Historia económica de Europa*, Barcelona: Ariel, Vol. 3.
- Crumpe, Samuel, 1968 [1793], *An Essay on the Best Means of Providing Employment for the People*, New York: Kelley.
- Diez Rodríguez, Fernando, 1980, *Prensa agraria en la España de la Ilustración. El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos (1797-1808)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Secretaría General Técnica.
- Mandeville, Bernard, 1988 [1732], *The Fable of the Bees or Private Vices, Publick Benefits*, 2 vols. with a Commentary Critical, Historical, and Explanatory by F.B. Kaye Indianapolis: Liberty Fund, disponible en <http://oll.libertyfund.org/title/1863>
- Smith, Adam, 1958 [1776], *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Vieytes, Juan Hipólito, 2003 [1802-1807], *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, versión facsimilar de Editorial Docencia, Buenos Aires. Publicado originalmente por la Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires.
- Winch, Donald, “La aparición de la economía como ciencia, 1750-1870”, en Cipolla, Op. Cit., pp. 525-526.